

Muchos de los asistentes a esta ceremonia afirmaron que el Niño Jesús, tiritando de frío, dejó el pesebre y saltó al regazo de San Francisco, buscando abrigo y cariño entre sus brazos.

El entusiasmo que en todas las regiones despertó esta poética y piadosa escena fue grandísimo. Desde entonces, todos los años, en el monasterio de Asís, se siguió el ejemplo del Seráfico Padre, asistiendo él con ingenua alegría a los preparativos de la fiesta, colocando con sus manos la imagen del Niño Jesús en el pesebre y permaneciendo la noche entera del 24 de diciembre con todos los religiosos, alrededor de la cuna, entonando alegres canciones.

Esta devoción fue propagada por los frailes franciscanos llegando ¿cómo no? a implantarse en nuestra villa; primeramente el desaparecido convento de San Francisco que como se sabe por el Cronista de la Religiosa Seráfica, Ubadingo, fue creado antes del año 1266, o sea el año 65 después de la fundación de la misma Orden, siendo Sumo Pontífice Clemente IV, contándose este convento por el sexto de la misma religión en España.

A este monasterio la villa de Atienza acudía en masa en estas fechas navideñas para compartir con los frailes, la alegría natural ante el nacimiento y belén que con tanto detalle y delicadeza colocaban anualmente los religiosos de Asís en lugar preferente de la iglesia.

Después, a mediados del siglo XVII, se hizo extensiva también la costumbre de instalar el belén en la iglesia de San Salvador, hoy cerrada al culto y en la que, según datos de que disponemos, con anterioridad al año 1755, radicaba en ella la Cofradía de Nuestra Señora de Belén que se sostenía económicamente con las rentas de censos sobre los bienes de las heredades de un tal Francisco Márquez, de Campisábalos.

Esta iglesia, como otras muchas de España, fue profanada por las hordas francesas durante la guerra de la Independencia, fueron quemados sus altares juntamente con el órgano y robados los ornamentos religiosos, cálices y hasta la cruz parroquial de plata.

Después de ser expulsados de nuestra Patria las huestes napoleónicas fue reconstruida la iglesia de San Salvador y el año 1820, inaugurado su altar mayor; se volvieron a celebrar en ella los tradicionales cultos en la misma forma que antes de aquella conflagración y en el mes de diciembre del mismo año, volvióse a instalar el belén.

El pueblo en masa acudía a su iglesia al pie de las murallas vestidas de blanquísimos mantos de nieve, despreciando las bajas temperaturas tan peculiares por esta estación en una población de 1200 metros sobre el nivel del mar; y con acompañamiento de zambombas, panderetas, castañuelas y otros instrumentos, cantaban jubilosos alegres villancicos cuyas tonadas les llegaron de generación en generación, pero sin que con ello desapareciera su esencia folclórica.

¡Cuánta nostalgia produce el recuerdo de aquellos tiempos! Los niños gozaban lo increíble alrededor del belén, poniéndose de puntillas para con sus miradas henchidas de maravilla, contemplar las figuras que lo componían, especialmente las de los Reyes Magos artífices de pueriles ilusiones.